

María Luisa Maillard García

Fundación María Zambrano
mluisamaillard@telefonica.net

El concepto de creencia en Zambrano

Resumen

En este artículo se desarrolla el proceso que sigue María Zambrano para alcanzar una definición de realidad alejada tanto del idealismo –la realidad son las ideas– como del positivismo –la realidad son las cosas–. Partiendo, como en muchas ocasiones, del concepto de realidad que elabora su maestro Ortega y Gasset –la realidad son las creencias–, Zambrano parte a la búsqueda de una realidad viviente que ancla sus raíces en el movimiento de la esperanza que básicamente nos constituye como hombres y que nos impulsa a trascender nuestro ser inicial, marcado por la indigencia.

Palabras clave

Zambrano, Ortega y Gasset, creencia, esperanza, realidad.

Abstract

This article develops the process followed by María Zambrano in order to achieve a definition of reality far from the idealism –the reality are the ideas– as well as from the positivisms –the reality are the objects–. Starting, as in many occasions with the reality premise elaborated by her mentor Ortega y Gasset –the reality are the beliefs–, Zambrano searches a living reality that has its roots in the movement of hope that basically builds us as human beings and gives us the impulse to transcend our initial being, marked by poverty.

Keywords

Zambrano, Ortega y Gasset, Belief, Hope, Reality.

Nunca se destacará de forma suficiente la herencia discipular –subrayada en tantas ocasiones por la autora– que Zambrano tiene con Ortega y Gasset. No es solo la admiración que la discípula mantendrá hasta el final de sus días por la figura del maestro, quien, en palabras de algunos de sus contemporáneos, fue «un acontecimiento» en su época y que, en ocasiones, ella describe con tan bellas palabras:

Voy a intentar una difícil tarea que es tratar de ver lo que ha sido parte de mi vida, transcurrida en mi juventud, lo que era oír a Ortega, la

claridad del crepúsculo madrileño al declinar el sol por detrás de la Sierra del Guadarrama. Los más grandes problemas filosóficos se entremezclan, fluyen entremezclados con el resplandor del sol al ponerse, con aquellas canciones que cantábamos los estudiantes al salir de clase, con las reuniones en *Revista de Occidente*. Es toda una intimidad que aflora y se revela. Se revela como transformada, unida al recuerdo del aroma y del color de la acacia en primavera, a la mosca posada en lugar determinado cuando se hablaba de Kant.¹

Tampoco podemos limitarnos a reseñar la cantidad de referencias que aparecen salpicando sus escritos ni que ella misma señale la obviedad de que el punto de partida de su pensamiento sea la razón vital. Zambrano conocía a la perfección la obra de Ortega como lo muestran los abundantes escritos sobre la filosofía de su maestro, recogidos recientemente en un libro, editado por Ricardo Tejada, del que hemos extraído la cita anterior. Pero más allá de dicho conocimiento, podemos afirmar que el andamiaje de la reflexión de la discípula se articula en torno a conceptos básicos de la filosofía orteguiana que ella «abisma», en palabras de Jesús Moreno,² o, según sus propias palabras, dirige hacia «lugares donde el pensamiento de Ortega jamás ha osado entrar». Este «abismamiento» o este adentrarse en territorios ante los que el maestro retrocede anclan sus raíces, como ya se ha estudiado extensamente, en la ampliación de la reflexión racional con los datos de un saber inspirado y basado, por tanto, en la experiencia. Será dicha experiencia la que conduzca a la filósofa a una reflexión continuada sobre la naturaleza de «ese ser escondido» que es el hombre y que no puede resignarse a que su ser se agote exclusivamente con la medida de lo humano.

Ya he hablado en alguna ocasión del desarrollo que tiene en Zambrano el concepto de «vocación»³ sobre el que Ortega había pivotado inicialmente su idea del yo como futurición. La vocación era para Ortega lo que un hombre no puede dejar de ser si quiere acertar en la diana de su vida, la «vocecita interior» que nos insta a ser el que debemos ser; pero ¿de dónde surge esa voz?, ¿quién nos habla y desde dónde? Ortega no escribió nunca ese libro sobre la vocación que tal vez hubiera dado respuesta a esas preguntas, como lamenta su discípula: «En ese momento [en 1932] cultivaba secretamente la idea de escribir un “librillo” sobre la vocación del que luego no supe nada».⁴

Zambrano no renuncia, sin embargo, a dar respuesta a tales preguntas y va conduciendo su reflexión hacia el descubrimiento de una forma de saber inspirado que ella denomina «sueño creador», a la par que va sustentando dicho descubrimiento en el desvelamiento de la multiplicidad de tiempos en los que se mueve la vida humana. Pero dicho saber está dirigido al conocimiento de la realidad, fundamentalmente de la realidad de ese ser, «oculto a sí mismo», que es el hombre y que sale «fuera de sí» para buscarse. Ya en su temprano artículo «Hacia un saber sobre el alma», y en el contexto de su

1. Zambrano, M., *Escritos sobre Ortega*, edición, introducción y notas de Tejada, R., Madrid, Trotta, págs. 247-248.

2. En su libro *El logos oscuro*, Jesús Moreno explicita este proceso de «abismamiento» en tres movimientos que consisten, citando sus propias palabras: «en primer lugar una *constatación* en la que le atribuye la raíz de lo que ella está exponiendo; en segundo lugar, una *adversación* aparentemente leve, un *pero* o especie de *claro es que, sin embargo, o sí, pero*, que, en realidad es una carga de profundidad en que, a veces explícitamente, señala lo que se le escapó a Ortega de sus premisas, o no desarrolló más allá de ellas. Y en tercer lugar, un *plus*, una *lejanía*, en los que es ya difícilmente reconocible el maestro», Moreno Sanz, J., *El logos oscuro: tragedia, mística y filosofía en María Zambrano*, t. I, Madrid, Verbum, 2008, pág. 334.

3. Maillard García, M.L., «Cuando la vigilia tiene la textura del sueño: del concepto de vocación al sueño creador», en *María Zambrano, la visión más transparente*, Madrid, Trotta, Fundación Carolina, 2004.

4. *Escritos sobre Ortega*, ed. cit., pág. 186.

5. Zambrano, M., *Filosofía y poesía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, pág. 22.

6. Zambrano, M., *El hombre y lo divino*, en *Obras completas*, vol. III, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2011, pág. 219.

7. En el libro ya citado, *El logos oscuro* de Jesús Moreno, el autor señala cómo ya en 1939 Zambrano finaliza su artículo «Descartes y Husserl» con la llamada a una renuncia mental que no es cinismo «porque cree y espera encontrar siempre la verdad». La esperanza se encontraría ya en el horizonte del pensar zambrano, probablemente, señala Jesús Moreno, por la influencia de Landsberg.

8. Zambrano, M., «La vida en crisis», en *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza, 1987.

9. Este artículo, recogido en el libro, ya referenciado, de Ricardo Tejada, coincide casi totalmente, como él mismo reseña, con el manuscrito «La razón que se busca (a propósito de la razón vital)», publicado por Mercedes Gómez Blesa en *Revista de Occidente*, n.º 276, mayo 2004, págs. 89-119.

crítica al racionalismo europeo, que hereda de su maestro Ortega, asume el reto de dar respuesta a la necesidad de desvelar esa realidad, ese «trozo del cosmos», que hay en nosotros, que se llama alma y que ha sido atendido por el decir poético y no por el pensamiento discursivo. En *Filosofía y poesía* abunda en esta línea de pensamiento al reclamar el conocimiento poético porque la realidad a la que se dirige, a diferencia de la del conocimiento discursivo, no es solo «la que hay, la que es; sino la que no es. Abarca el ser y el no ser en admirable justicia caritativa, pues todo, todo tiene derecho a ser hasta lo que no ha podido ser jamás». ⁵ La realidad, y su pérdida en el mundo contemporáneo, se encuentra como vemos en el inicio del camino filosófico de Zambrano y ya no la abandonará nunca, estando, por ejemplo, muy presente en su libro central, *El hombre y lo divino*: «Y es que a partir del pensamiento cartesiano la conciencia ganó claridad y nitidez y, al ensancharse, se apoderó del hombre todo. Y lo que iba quedando fuera no eran las cosas, sino nada menos que la realidad, la realidad oscura y múltiple». ⁶ No vamos a seguir abundando en las citas al respecto que motean prácticamente todos los textos de Zambrano, porque la idea que vamos a desarrollar en este trabajo es que el concepto de realidad que elabora la filósofa acaba de encontrar su formulación más acabada midiéndose con el que Ortega desarrolla a partir de su distinción entre ideas y creencias. ⁷

Zambrano, siempre atenta al desarrollo de la razón vital de su maestro, comienza ya a dialogar con él sobre su libro *Ideas y creencias* en su artículo «La vida en crisis» ⁸ de 1942, insinuándonos ya una de las claves para comprender la distancia que acabará separando a maestro y discípula. Aunque el concepto de «creencia» siga salpicando aquí y allá algunos de sus escritos más importantes, será en dos escritos posteriores al artículo antes mencionado –el manuscrito inédito M-332, aproximadamente de 1950, titulado: «El hombre: ser que asiste a su propia vida», y el artículo «Ortega y la razón vital», ya de 1971– ⁹ donde encontremos el mayor desarrollo en Zambrano de este concepto axial en la definición que de lo que es la realidad realiza Ortega.

Pero, previamente, vamos a intentar seguir el método que utiliza María Zambrano para llegar al fondo de la filosofía de su maestro, con el fin de aplicar dicho método a recorrer los pasos que conducen a la discípula hasta el fondo último donde se mueven las diferencias básicas que acabarán separando la razón histórica de la razón poética, en lo concerniente, en este caso, al concepto de realidad, ligado en la filosofía orteguiana, como ya hemos indicado, al concepto de creencias.

El pensamiento, señala Zambrano, parece moverse en una órbita alrededor de un centro y ese centro es con frecuencia no un concepto o idea, sino una intuición de la realidad. Hay que ir por tanto a la búsqueda de ese centro para comprender cualquier sistema filosófi-

co. La suprema intuición de Ortega, después de un largo camino crítico en el que se cuestionó tanto el idealismo como el positivismo, era que la realidad radical no eran las ideas ni las cosas, sino la vida, y a continuación, que la vida era elección, «somos necesariamente libres». Pero en ese largo camino crítico tuvo que cuestionar, para alcanzar su idea originaria, la idea tradicional de sustancia, de ser y, por ende, de naturaleza humana: «el hombre no es naturaleza sino historia», aseverará el maestro. Evidentemente si Ortega cuestionaba la idea de sustancia o de naturaleza humana, señala Zambrano, no era sino porque rechazaba la idea de «cosificación», es decir, de la existencia de algo dado previamente e inamovible, y es en este rechazo cuando Ortega inclina su intuición de la vida hacia ese elemento exterior que es la circunstancia. La vida no es sino el acontecimiento que supone la brega con la circunstancia, el otro elemento, junto con el yo de la vida humana. La vida es quehacer encaminado al futuro.

Ahí, en la idea de sustancia que Ortega creyó tener que rechazar para huir del idealismo, encuentra Zambrano la palanca para impulsar el propio desarrollo de su pensamiento, a partir de su propia intuición de realidad. La filósofa, que rechazará también la idea de sustancia como cosificación, piensa sin embargo que existe movimiento –acontecimiento– en la interioridad del Sujeto y que, por tanto, la idea de sustancia no puede ser eliminada totalmente sino comprendida de forma distinta. Por eso no puede aceptar que la vida sea exclusivamente biografía y que solo su recuento acabado nos pueda informar del acierto o desacierto de su transcurrir, conclusión con la que Ortega finaliza su comprensión de la vida humana.

Zambrano detecta, por tanto, que el mayor escollo con el que se encuentra Ortega a la hora de profundizar más en la interioridad del sujeto, de ese yo que, junto a la circunstancia, constituye la vida humana, es la eliminación en su proceso de reflexión de la idea de sustancia; por ello comienza por enfrentarse de forma elíptica a su maestro: «Algunos, o por lo menos alguno de sus discípulos, se preguntan, y aún contestan afirmativamente, si acaso no es posible una sustancia viviente».¹⁰ ¿De qué tipo de sustancia viviente está hablando Zambrano? Como veremos más adelante, se trata del movimiento que proviene de ciertos «saberes del alma» que nos impelen a trascender nuestro ser inicial. Ya de forma más clara, en *El sueño creador*, afirma la idea de sustancia: «Pues que si la persona no es en cierto modo sustancia o no es, en un cierto modo –específico, impar– de sustancia, no tendría su vida un argumento».¹¹

Esta última cita referida al sujeto, en cuanto sustancia, también se hará extensible a la realidad toda, a través del concepto de creencias, que ella analiza con toda meticulosidad para encontrar el argumento que le permita trascender la visión de su maestro. Vamos a seguir, pues, la evolución de este concepto orteguiano en Zambrano porque, ateniéndonos al método que nos propone, nos va a

10. Zambrano, M., *Escritos sobre Ortega*, ed. cit., pág. 198.

11. Zambrano, M., *El sueño creador*, en *Obras completas*, vol. III, ed. cit., pág. 1032.

conducir, al igual que cualesquiera de los otros conceptos inicialmente orteguianos que ella desarrolla, hacia ese sistema filosófico donde todos los conceptos se mueven como en una órbita alrededor de un centro; y por tanto, el hilo de su desarrollo de la inicial noción de creencias nos conducirá, como ya hemos adelantado, hacia esos saberes del alma que tan tempranamente reclamó para la vida humana y más allá hacia un conocimiento de una realidad no idealizada ni cosificada que se producirá a través de ese saber inspirado que es el sueño creador.

Una vez que Ortega se adentra en lo que sus estudiosos denominan como «la segunda navegación» de su filosofía, y con el objetivo de clarificar la estructura de la vida humana, siempre en su constante brega con el intelectualismo –léase idealismo– que dominaba desde hacía más de dos siglos la cultura occidental, elabora en 1934 su distinción entre ideas y creencias a la par que sus nociones de ensimismamiento y alteración. La razón estaba en crisis y, con ella, la idea de realidad que había sustentado la vida del hombre occidental, porque sencillamente la realidad no es la idea que nosotros nos hacemos de ella. Ni la realidad ni la vida del hombre se pueden aclarar por sus ideas. Las ideas necesitan de nuestra libertad para ser formuladas o admitidas o negadas y, por tanto, de nuestra voluntad. Son fruto de nuestra indigencia, es decir, del hecho de que el hombre, como ha argumentado Max Scheler en *El puesto del hombre en el cosmos*, a diferencia del animal, no nace en un medio adecuado donde desarrollar su vida y por ello se ve obligado, añade Ortega, a retirarse a su propia intimidad, a «ensimismarse» –posibilidad que le hace diferenciarse radicalmente del animal– y allí elaborar unas ideas acerca de esa realidad enigmática y, por tanto, terrible, que le rodea. Ahí, en esas ideas acerca de la realidad, no podremos encontrar nunca la realidad misma, porque la realidad es lo que se nos opone: la «contravoluntad», es decir, lo que no depende de la voluntad que nos induce a pensar. En ese mismo sentido también entenderá la circunstancia como «contravoluntad», aquello que, con frecuencia tanta, se opone a la realización de nuestros deseos.

Y ¿qué es entonces la realidad? La realidad, según Ortega, eso «que se nos opone», no desde el exterior de las circunstancias, sino desde nuestra propia interioridad, son las creencias, todas aquellas cosas con las que absolutamente contamos, aunque no pensemos en ellas. No son ideas que tenemos, sino ideas que somos y, por tanto, se confunden con la realidad misma, son la realidad. «En las creencias vivimos, nos movemos y somos.» Pero ¿de dónde surgen las creencias? En el primer desarrollo de su noción de creencias, Ortega, empeñado en clarificar esta importante noción que ha descubierto, elude la cuestión: «no nos vamos a preguntar ahora por el origen de las creencias»; pero es un asunto que no admite elusión, con lo que, ya al final de su escrito, nos revela este origen: «Pero claro es que estas creencias comenzaron por no ser más que ocurrencias o ideas *sensu estricto*». Surgieron un buen día como obra de la imaginación

de un hombre que se *ensimismó* en ellas, desatendiendo por un momento el mundo real». ¹² La conclusión a la que llega Ortega al final de este escrito es que la realidad en sí misma no tiene figura ni modo de ser, es simplemente enigma, aunque se convierte en realidad en nuestra vida, gracias a la creencia que de ella tenemos y que es fruto de la labor y esfuerzo de nuestros antepasados y de las ideas que han elaborado sobre el mundo y la realidad.

¿La realidad es, simplemente, ideas desgastadas?, ¿ideas que han dejado su vigencia exterior y se han incardinado en nuestro interior? Es esa una conclusión que en modo alguno podía satisfacer a la discípula, quien ya en su temprano artículo «Nostalgia de la tierra», cuando aún no había conocido la distinción de su maestro entre ideas y creencias, afrontó el lugar que la realidad estaba ocupando en la mentalidad del hombre contemporáneo a través de la pérdida del mundo sensible que se apreciaba en todas las manifestaciones del arte de principios del siglo xx. Según su reflexión —en nada discordante con la de su maestro— era el idealismo, «terrible devorador de realidades», el que había convertido la realidad sensible simplemente en materia. La materia era, para Zambrano, «el nombre de la desilusión, era el residuo real, el precipitado que dejaba el mundo al ser disuelto por la conciencia». ¹³ Como vemos, Zambrano rechaza no solo la realidad ideal, sino la realidad «cosificada» del materialismo. La búsqueda de un camino alternativo para salvar la realidad como sustancia no ideal, pero tampoco cosificada, estaba en marcha.

María Zambrano acoge, con posterioridad a este escrito, el concepto de creencias elaborado por Ortega y recorre paso a paso el camino que ha conducido a su maestro a tal elaboración; y, como en otras ocasiones, va a ir al encuentro de ese enigma inicial ante el que el maestro retrocede: «Dejemos intacta la cuestión de que si bajo este estrato más profundo no hay algo más, un fondo metafísico al que ni siquiera llegan nuestras creencias». ¹⁴ Y sin separarse aún de la reflexión de su maestro, parte de ese concepto de indigencia, elaborado por Max Scheler (ambos autores citarán con profusión *El puesto del hombre en el cosmos*) que Ortega resuelve con su noción de ensimismamiento: ese adentrarse en sí mismo, fruto de la imaginación, y cuya posibilidad es privativa del hombre. Pero, reflexiona Zambrano a la búsqueda siempre de ese «fondo metafísico» al que Ortega no quiere llegar, tal planteamiento no ha tenido en cuenta que las creencias no podrían existir sin ese movimiento del alma que es la confianza, en palabras de Zambrano, «esa apertura íntima a lo que hay». «Cualquier creencia se alza sobre ese tesoro de confianza ingénita, sobre esta inocencia primera, virginidad del alma». ¹⁵ Pues las creencias, nos dice Zambrano, no pueden existir ni mantenerse sin esa actitud que nos hace abandonarnos, abrírnos enteramente a algo en lo que luego resulta que creemos.

La confianza se encuentra, pues, como la condición previa para la existencia de la creencia, y ya ahí, en ese movimiento «hacia» nos

12. Ortega y Gasset, J., *Ideas y creencias*, en *Obras completas*, vol. v, Madrid, Alianza, 1983, pág. 402.

13. Zambrano, M. (1933). «Nostalgia de la tierra», en *Algunos lugares de la pintura*, Madrid, Acanto, Espasa Calpe, 1991, pág. 16.

14. Ortega y Gasset J., *Obras completas*, vol. v, ed. cit., pág. 392 (nota).

15. Zambrano, M., «La vida en crisis», en *Hacia un saber sobre el alma*, ed. cit., pág. 88.

16. Zambrano, M., M-332-7.

17. *Ibid.*, 8.

topamos con el primer componente viviente de la sustancia; pero más allá, sigue reflexionando Zambrano, el hombre no necesita ensimismarse, como dice Ortega, exclusivamente porque tenga que elaborar ideas para moverse en el proceloso mar de las circunstancias. En el origen de la confianza se encuentra un sentimiento previo: la necesidad de ver, ya que el hombre es un ser oculto a sí mismo y es precisamente esa oscuridad el fondo metafísico al que Ortega se resiste a llegar. Nos encontramos ya en este primer planteamiento con un desarrollo del concepto de indigencia orteguiano que, como veremos más adelante, será una de las claves que acabará separando de forma radical la razón histórica de la razón poética de la discípula y sustentará sus diferentes antropologías.

Pero estábamos en que Zambrano se niega a considerar las creencias –la realidad según Ortega– simplemente como ideas incardinadas en nuestro interior y para sustentar dicha negativa buscará en el origen de esos movimientos constitutivos del alma que son, en principio la confianza, y más allá, la esperanza, su primer y principal argumento. Por tanto, el primer paso que nos propone Zambrano es el retroceso al origen, a ese momento en que se nos permite ver las cosas en su más prístina claridad.

¿Las creencias han sido antes ideas –en sentido estricto– o son sedimentación de ellas?, o al revés, ¿son el suelo oscuro donde germina esa oscuridad previa que necesita y requiere la luz, diríamos esa semioscuridad que hace la luz necesaria pues unas tinieblas absolutas no la harían? Sin duda que la respuesta no puede ser la misma para cualquier época de la historia. Pues ¿cómo habrían las creencias de proceder en sentido estricto de las ideas –«hijas de la duda»– cuando todavía no las había?¹⁶

De esta larga pregunta deduce Zambrano que, aunque algunas creencias sean efectivamente fruto de la idea, no habría que considerarlas creencias propiamente dichas, sino más bien ideologías en cuanto ideas que se han incardinado en nuestro interior, mientras que, para buscar la noción originaria de creencia, habría que ir a su prehistoria, a su manifestación originaria que mostraría un sustrato permanente de la vida humana. Estaríamos hablando ya de la primera manifestación de la sustancia, esa noción que Ortega quiere superar como fruto del idealismo; pero para Zambrano esa sustancia, como ya hemos indicado, sería viviente, no cosificada, pues sería una vivencia, lo que la vida humana muestra ser desde su primer paso, y más allá sería creación, ya que solo a través de la creación el hombre acierta a descubrir un grano de realidad.

Mas la creencia en modo oscuro, y por tanto mágico, será la forma primera, prehistoria de la idea, lo cual hace que sobre la idea quede siempre un algo de acción. La idea según esta concepción de Ortega tendrá siempre algo de acción, de esa acción primera, liberadora y creadora, despejadora de la situación inicial de la vida.¹⁷

¿Y por qué ese impulso que origina la acción liberadora? Nos encontramos ahora de nuevo, como ya hemos adelantado, con ese concepto de indigencia humana, que ambos autores ya han utilizado, siguiendo las ideas de Max Scheler para explicar la naturaleza del hombre. Al hilo de tal indigencia, Ortega introdujo en sus escritos, a partir de 1929,¹⁸ la metáfora de la vida humana como naufragio. El hombre se encuentra con una vida que no se le da hecha y debe recurrir a su imaginación para inventársela en una circunstancia o mundo, que se le presenta como resistencia, y de ahí el drama de la vida humana y su metáfora de que el hombre es «un náufrago» en su circunstancia y de que, para no ahogarse en ella, elabora la cultura: «La vida es en sí misma y siempre un naufragio. Naufragar no es ahogarse. El pobre humano, sintiendo que se sumerge en el abismo, agita los brazos para mantenerse a flote. Esta agitación de los brazos con que reacciona ante su propia perdición, es la cultura».¹⁹ A esta situación añade Ortega la idea del hombre como futurición y, en ese sentido, el hombre es lo que todavía no es, lo que le falta, causa también de su indigencia.

Para Zambrano, sin embargo, a la búsqueda de ampliar este concepto de realidad, hay que profundizar más en la realidad propiamente humana porque es con mucho la más hermética e inaccesible. El hombre es un náufrago no solo por su problemática relación con la circunstancia o por el hecho de nacer sin una vida hecha y tener que ir haciéndosela en tal circunstancia o mundo. Zambrano sitúa el fracaso en el mismo corazón de la vida humana, en lo que el hombre es antes de que le haya pasado nada. El hombre es un «náufrago», nos dice ya en uno de sus últimos libros, porque su ser mismo se oculta a sus ojos, está escondido y hay que partir a la búsqueda de su desvelamiento. «Mas se nos aparece que el sujeto del naufragio es estar sumergido el sujeto.»²⁰ Pero además el hombre mismo es un fracaso porque el movimiento de su esperanza es ilimitado, el hombre es y será siempre un pordiosero porque aspira a más de lo que puede llegar a ser. Sobre todo esfuerzo del hombre se cierne el absoluto como meta inalcanzable, un absoluto que se encuentra en su sentir originario, que consiste en «sentirse directamente o sentirse aludido en todo sentir», y en el corazón de dicho sentir se encuentra «el sentirse creado, creado y prometido a la creación indefinida».²¹ Pero tal tipo de conocimiento no puede llegar nunca por el camino del razonamiento, sino por el de la visión, una especie de revelación que el hombre tiene al mismo tiempo que la padece. Nos adentramos ya en el camino que llevará a Zambrano a su formulación del sueño creador, a través de la multiplicidad de los tiempos en los que se mueve la vida humana.

Estamos asistiendo, a lo largo de este proceso de rastreo del análisis que del concepto de creencia realiza Zambrano, a este peculiar método de la filósofa, mediante el cual toda formulación de su pensamiento es el «fragmento de un orden» en el que van confluyendo todas las categorías, inicialmente orteguianas, hacia la órbita de

18. La metáfora del naufragio aparece por primera vez en Ortega en sus cursos «¿Qué es filosofía?» de 1929 y, posteriormente en «Pidiendo un Goethe desde dentro» y «Meditaciones de la técnica».

19. Ortega y Gasset, J., «Pidiendo un Goethe desde dentro», en *Obras completas*, vol. iv, ed. cit., pág. 397.

20. Zambrano, M., *Notas de un método*, Madrid, Mondadori, 1989, pág. 20.

21. O.c., pág. 90

22. Zambrano, M., *El hombre y lo divino*, ed. cit., pág. 219.

23. O.c., pág. 273.

24. «Ortega nos ha puesto en la pista de encontrar que en estas creencias ha de existir un elemento actuante, que hace a la vida salir de sí misma en un movimiento propio, el movimiento creador, trascendente», Zambrano, M., *España, sueño y verdad*, en *Obras completas*, vol. III, ed. cit., pág. 737.

un pensamiento que caminará paso a paso hacia un saber de revelación, el único capaz de captar ese último fondo metafísico de la realidad que subyace en las creencias, pues «realidad es no solo la que el pensamiento ha podido captar y definir sino esa otra que queda indefinible e imperceptible, esa que rodea a la conciencia, destacándola como isla de luz, en medio de las tinieblas». ²² Es la realidad de nuestras entrañas, sede del padecer y del sentir originario que es la auténtica confirmación de su existencia, ya que la originaria apertura del hombre a su realidad es padecerla y «las cosas que no son nada, son algo cuando se las padece». No es por tanto exclusivamente una realidad impuesta, lo que Ortega llama la «contravoluntad», sino una realidad viviente, porque es fruto de nuestro anhelo y si existe es porque nos acercamos a ella demandándole algo y lo hacemos precisamente porque, según Zambrano, «todo ser que conocemos aspira a más de lo que realmente es». ²³

Si la resistencia como «realidad impuesta» es condición de todo lo escondido, nos dice Zambrano, la avidez, por el contrario, es el fundamento de nuestra trascendencia, basada en que el hombre es un ser que históricamente ha salido fuera de sí a la búsqueda de la realidad que le falta y que ha proyectado tanto en los dioses como en el universo y, por último, en su propia acción. En esta definición del hombre como «un ser que sale fuera de sí» se encuentra la justificación de esa definición del hombre, que ya aparece en *El hombre y lo divino*, como «el ser que padece su propia trascendencia».

Pero volvamos a las creencias, porque para alcanzar su auténtico fondo metafísico aún tendremos que descender a otro sustrato más hondo que la confianza. El sustrato último que verifica el movimiento de la demanda hacia esa realidad viviente que nos constituye es la esperanza, realidad ella misma que procura el carácter enteramente viviente al concepto de creencia ya que hace a la vida salir de sí misma en un movimiento creador y, por tanto, trascendente; ²⁴ y será su pérdida o, lo que es peor, su desplazamiento desde la interioridad del sujeto al mundo de lo social o de la historia, lo que se encuentra en la raíz de la crisis del hombre contemporáneo, tesis que se encuentra ya en el núcleo de su artículo «La vida en crisis», inicialmente mencionado y que desarrollará más ampliamente en fechas próximas a ese artículo en *La agonía de Europa* y en *La confesión: género literario y método*. En *La agonía de Europa*, analiza la esperanza frustrada del hombre europeo, quien, en los últimos siglos, volcó exclusivamente dicha esperanza en la historia —la acción— y toda historia acaba en fracaso porque la esperanza última que la ha movido es imposible de realizar. En el género de la confesión encuentra la confirmación de la indigencia humana y el movimiento activo de la esperanza del hombre que, sintiéndose oscuro e incompleto, parte a la búsqueda de una verdad que le haga superar los tres horrores de la existencia: el nacimiento, la muerte y la injusticia.

Como vemos, el movimiento de la esperanza recorre todas las arterias de la reflexión de Zambrano porque es la sustancia que realmente nos constituye, nuestra realidad última. Si, como ya hemos indicado, la filósofa defiende que la confianza precede a las creencias y sería por tanto a modo de un receptáculo de las creencias, la esperanza no puede confundirse con ningún tipo de soporte. Con la esperanza llegamos a la sustancia auténticamente viviente, a lo que confiere unidad a la vida humana, a lo que hace que la vida sea propiamente de alguien porque en la esperanza no hay abstracción posible, la esperanza tiene que ser de alguien, alejándose así de cualquier forma de cosificación o de identidad que se atribuye a la esencia. La esperanza no sería algo sido, sino en vías de ser; no fruto de la abstracción, sino de un movimiento trascendente de la vida. La esperanza sería la esencia última del ser humano. Pero esta esperanza no puede volcarse de forma exclusiva en la circunstancia o mundo, que siempre nos decepcionará o engendrará un monstruo –caso de las utopías absolutistas–; sino una esperanza rescatada de nuestro destino como hombres, sobreviviente a nuestro fracaso.

La esperanza rescatada de la fatalidad es la libertad verdadera. Es la esperanza sostenida ya en la conciencia y en vías de encontrar su argumento. Solo la esperanza que sobrevive frente al enigma, y se afirma descifrándolo, es la que llena la conciencia y la informa; la que rescata también a la conciencia de su enemistad con la vida, transformando su fría claridad en luz viviente.²⁵

Pero Zambrano va más allá y entiende que todas las manifestaciones culturales –es decir las ideas que el hombre va elaborando para entenderse con el mundo– son fruto de la esperanza –tema ya básico en *El hombre y lo divino*– y, la esperanza, en principio, encuentra su forma de penetración en la realidad última del hombre, a través del sueño, la oscura raíz de nuestra sustancia, que subyace a toda formulación racional. Y así llega a su definición del hombre como el ser no solo que sufre su propia trascendencia, sino que trasciende su sueño inicial, lo que no quiere decir que la vida sea sueño, sino que vivir humanamente sea ese asomarse a sí mismo que es estar ensoñándose. Es entonces en el sueño creador donde confluyen, abismadas, con la mediación de esa realidad que es la esperanza, todas las iniciales categorías orteguianas de las que Zambrano ha partido: la indigencia humana, la vocación y las creencias.

25. Zambrano, M., *El hombre y lo divino*, ed. cit., pág. 257.